

emboscada, para acometerle, causándole mas miedo que daño, con el objeto de divertirse á sus espensas. En su consecuencia fueron á colocarse al anochecer en un camino por donde sabian que debia pasar para volver á su casa, imaginándose que se dejaria maltratar á su gusto, huyendo luego á todo correr y dejándoles así una fácil victoria. Pero no tardaron en comprender que le conocian mal, y que la religion, que hace á los hombres dulces y humildes, no les impide ser valientes é intrépidos cuando es necesario.

Habiendo llegado Francisco, en efecto, al lugar de la emboscada, le acometieron, buscando querella sin ningun motivo, pasando de ahí á las injurias, y de estas se disponian á pasar á los golpes, cuando el santo jóven, viéndose colocado en el caso de legítima defensa, sacó su espada, la esgrimió vigorosamente contra sus agresores, los puso en fuga, y los persiguió hasta que, confusos y temblando, le pidieron perdon prometiéndole respetarle en lo sucesivo.

Este primer asalto fue seguido bien pronto de otro no menos terrible, porque entonces no fue solo su valor lo que se puso en juego, sino su virtud, y debilitarla, era el triunfo que se ambicionaba. Con esta intencion, tres jóvenes libertinos fueron á buscarle con un aspecto dulce y bondadoso, y habiéndole asegurado que un nuevo profesor de jurisprudencia, doctor muy sábio y célebre, acababa de llegar á Pádua, le propusieron que fuese con ellos á visitarle, porque, le dijeron: «la cortesía nos obliga á ello, y además nos interesa ponernos en buenas relaciones con él.» El santo jóven, que no sospechaba nada, accedió con gusto á una proposicion que tan bien convenia á su esquisita cortesía, y se puso en marcha. Así que llegó á la casa que decian ser la del nuevo profesor, apareció una jóven elegantemente vestida, y que realizaba, con una fingida modestia, el brillo de su hermosura, pero en realidad era una miserable cortesana con quien los jóvenes libertinos habian concertado la intriga. La desgraciada los introdujo en un cuarto á donde el doctor, que segun decia estaba

ocupado en aquel momento, no tardaria en ir, y entre tanto entró en conversacion con el piadoso jóven. Aparentando estar disgustados de esperar, salieron sus camaradas uno despues de otro, pero Francisco comprendió en seguida el lazo que le tendian, y rechazando á aquella desgraciada criatura, huyó precipitadamente. Al salir encontró á sus compañeros, los cuales, habiendo estado escondidos detrás de la puerta, se habian retirado prontamente para aparecer que volvian á visitar al doctor. Mas no pudieron engañarle con este artificio, y Francisco les dirigió con severidad las graves reconvenciones que merecian, haciéndoles conocer que sentia profundamente la indignidad de su conducta (1). Pronto se dió á conocer en la ciudad este suceso, y por todas partes se levantó un grito general de admiracion y de alabanza. Pero eso mismo, ¿quién lo hubiera creido? fue un nuevo escollo para la virtud de Francisco.

Habiendo deseado una princesa conocer á este jóven, cuyos elogios todos repetian, se sintió, al verle, enamorada de su hermosura, concibiendo hácia él una violenta pasion. Para satisfacerla atrajo á su casa á uno de los amigos de Francisco, le hizo magníficos presentes, y le prometió asegurarle para el resto de sus dias una brillante fortuna, si determinaba á su amigo á aceptar unas solicitudes tanto menos merecedoras de ser despreciadas, decia, cuanto partian de mas alto. El desgraciado no tuvo vergüenza en encargarse de esta innoble mision, y como si el pasado no le hubiera hecho conocer bien que no debia esperar inclinarse al mal una virtud tan firme, fue á buscar á Francisco, le hizo un grande elogio de aquella princesa, de la nobleza de su nacimiento, del brillo de su hermosura, de la grandeza de sus riquezas, pasando de ahí al horrible mensaje que hacia el objeto de su visita. El santo joven no le dejó acabar. «Vil seductor, le dijo, retiraos; en lugar de

(1) Carlos Aug., p. 26.—Dep. del Canónigo Gard, de Venaz y Paquetet, que estaban presentes.—Juan de San Francisco, p. 58.—El P. la Riviere, p. 69.



«reprenderme, como debierais, si obrara el mal, ¿me solicitais al pecado? Id prontamente á pedir perdon á Dios y á hacer penitencia.» El infiel amigo, sin acobardarse por tan mala acogida, se atrevió á insistir hablándole de las inmensas riquezas y de los bienes que tenia encargo de ofrecerle. «Guarde vuestra princesa todos sus tesoros, replicó Francisco, que aun cuando me viese reducido á mendigar el pan, no quisiera adquirir riquezas pasajeras á espensas de mi alma y salvacion eterna. Salid prontamente de aquí.» Y pronunciando estas palabras le puso bruscamente en la puerta (1). Otro de sus compañeros de estudio se atrevió á permitirse en su presencia algunas palabras inspiradas por la licencia y la impiedad. «Amigo mio, le dijo, tengo una pregunta que haceros: ¿Qué os ha hecho Dios para que le trateis de este modo, y qué no ha hecho, al contrario, por vos para obligaros á proceder de otra suerte?» Estas palabras hicieron tanta impresion en el joven, que decia mucho tiempo despues: «Siempre que pienso en ello, me siento aún movido por el sentimiento de mi falta.» (2)

Francisco de Sales, viendo á cuántos peligros estaba espuesta su castidad, tomó con empeño, para conservarla mejor, macerar su cuerpo con la penitencia. Hacia mucho tiempo ayunaba y llevaba cilicio tres dias en la semana; á esto añadió la disciplina, hiriendo con dureza sus inocentes carnes. Durante la Cuaresma, sobre todo, redobló este género de austeridad, exhortando á ello á sus amigos cuando creia ver en ellos bastante virtud para acojer semejante lenguaje. Un dia, informado de que en el convento de San Antonio debia haber sermon sobre la flagelacion de Nuestro Señor, y despues del sermon, disciplina general para las personas piadosas que concurrieran á él, tuvo cuidado de no perder una ocasion tan amada de su piedad, y fue

(1) Carlos Aug., p. 28.—Dep. de Rendu, Francisco Favre, le Gay, y el Canonigo Gard.

(2) De Maupas, p. 21.

con uno de sus amigos á tomar parte en este ejercicio de penitencia. Despues del discurso, en que fueron comentadas hasta el punto de arrancar lágrimas estas palabras del Salmista: *Los pecadores han descargado golpes sobre mi espalda* (1), se apagaron las luces, se entonó el salmo: *Misere-re-re*, y las disciplinas que habian distribuido los religiosos á la entrada del monasterio, puestas al punto en movimiento, hicieron llover los golpes sobre las espaldas de los piadosos penitentes; práctica que parecerá sin duda estraña entre nosotros, pero que Roma ha presenciado hasta estos últimos tiempos todos los viernes en la capilla del *Caravite*, cerca de la iglesia de San Ignacio, tal como se ha descrito aquí. Francisco de Sales tuvo gran cuidado en conservar en secreto su asistencia á este ejercicio, igualmente que sus demás austeridades, que no revelaba mas que al director de su conciencia; pero fue descubierta por la indiscrecion de cuatro jóvenes que, figurándose que Francisco era de la partida, se propusieron sorprenderle en este ejercicio, dirigiéndose á él con linternas sordas provistas de luces, que hicieron brillar de repente en los cuatro estremos de la capilla en el momento en que se golpeaba con mas fuerza (2). Entre tanto la Providencia, como si hubiera querido secundar este amor á los sufrimientos y á la mortificacion, que estaba en el corazon del santo joven, permitió que cayese enfermo; el estómago y la cabeza se resintieron de la fatiga, desapareciendo el apetito y el sueño; y á su robustez natural sustituyó una flaqueza extrema, que le hacia semejante á un esqueleto ambulante (3).

En vano el Sr. Deage puso en práctica todos los medios posibles para detener los progresos del mal, pues no solamente este estado de languidez no cesó, sino que se complicó con una fiebre violenta y continua, con una gota

(1) Salmó CXXVIII.

(2) Carlos Aug., p. 29.

(3) Carlos Aug., p. 30 y 31.



inflamatoria acompañada de disentería, y de un reumatismo general, de suerte que el santo enfermo, tendido sobre el lecho del dolor, pálido y aniquilado, agitado sin descanso por el temblor de la fiebre, era presa de los mas crueles sufrimientos (1). Se presenció entonces un espectáculo conmovedor: en medio de los mas grandes dolores, una paciencia mayor aún; una sumision llena de respeto y de amor al beneplácito divino; una humildad que manifestaba protestando que sus sufrimientos eran nada comparados á lo que merecía la multitud de sus pecados; una obediencia sencilla y pronta á todas las prescripciones de la medicina, por desagradables que fuesen; y una entera indiferencia por su buen ó mal resultado. El Sr. Deage, profundamente afligido, tuvo una junta de los médicos mas célebres, recibiendo la triste respuesta de que no habia que esperar curacion, pues tantos males reunidos en un cuerpo tan débil, debian infaliblemente conducirle á la muerte.

A esta noticia, como si le hubiera herido un rayo, se deshizo en lágrimas entregándose al dolor, hasta que su conciencia le advirtió que en semejantes circunstancias se debe á un enfermo otra cosa mas que el llanto. Entonces se armó de valor, compuso su rostro lo mejor que pudo para disimular su afliccion, y aproximándose á su querido enfermo: «Hijo mio, le dijo, si Dios hubiera resuelto llamaros á sí, ¿no os conformaríais con su voluntad?—Sí, ciertamente, respondió el enfermo con un acento que probaba bien habia comprendido el aviso; sí, que la voluntad de Dios se cumpla tanto en la muerte como en la vida; me someto á todo lo que quiera de mí. Es para mí tan dulce vivir por mi Salvador, como morir por él:

»*Sive mori me, Christe, jubes, seu vivere mavis,*  
»*Dulce mihi tecum vivere; dulce, mori.*»

(1) El P. la Riviere, p. 73 y sig.

Al mismo tiempo prorumpió en cánticos de alabanzas, y tomó de la Sagrada Escritura los mas hermosos pasajes para espresar los sentimientos en que abundaba su corazón. *¡Cuán admirables son vuestros tabernáculos, oh Señor de las virtudes! Espero ver los bienes del Señor en la tierra de los vivos. Espero con paciencia que mi trasformacion se obre. Los días del hombre son cortos, y su vida frágil; se marchita como una flor y se disipa como la sombra. ¡Feliz el que ha puesto toda su esperanza en el nombre del Señor, y no se ha detenido en las vanidades y locuras del mundo! El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? Aunque ejércitos enteros se levanten contra mí, mi corazón no temerá; en medio del combate pondré en él mi esperanza* (1). Admirado al ver tanta serenidad y gozo en presencia de la muerte, el Sr. Deage, haciendo violencia á su dolor, se atrevió á preguntarle sus intenciones sobre sus funerales. «Mi querido maestro, le contestó el santo enfermo, dejo el cuidado de todo eso á vuestro afecto, que me es bien conocido; y os suplico tengais cuidado de mi despues de mi muerte, como lo habeis tenido durante mi vida. Solo una gracia tengo que pedir, y es que mi cuerpo se entregue á los estudiantes de medicina para que hagan la autopsia.—¿Cómo? hijo mio, le contestó, eso sería una deshonra para vuestra familia.—Perdonad, mi buen maestro, replicó el enfermo, si no me rindo á vuestras observaciones; pero sería para mí un gran consuelo al morir, pensar que si durante mi vida he sido un siervo inútil, al menos puedo ser de alguna utilidad despues de mi muerte, proporcionando á los estudiantes de medicina un cuerpo sobre el cual trabajen, sin haberlo comprado á costa de disgustos y asesinatos.» Tanta humildad y caridad juntas enternecieron á los asistentes mas de lo que se puede espresar, haciéndoles derramar lágrimas. No podian admirar bastante esta disposicion testamentaria, por la cual deseaba disminuir, á lo menos en

(1) Salmo LXXXIII, 26.—Job, XIV.—Salmo XXXIX, 26, 36.



parte, el número de las escenas horribles de que Pádua era teatro entre los discípulos de medicina que, con las armas en la mano, iban á desenterrar los cadáveres que necesitaban para el ensayo de su arte, y los parientes de los difuntos que, armados también, se oponían á este robo; deplorable conflicto, de donde resultaban riñas, combates sangrientos, y con frecuencia asesinatos (1). El santo enfermo, después de haber repetido varias veces que tal era su voluntad, pidió recibir los Sacramentos; se confesó, y recibió el santo Viático y la Estremaunción con la piedad que se podía esperar de un alma tan hermosa.

Después de esta tierna ceremonia, el mal, lejos de disminuir, se aumentó; y ya se lloraba á este santo joven como si hubiera muerto, se pensaba en preparar sus exequias, cuando de repente experimentó un cambio extraordinario: sus ojos se animaron, y una mejoría general se manifestó. Por algunos instantes se temió que, como sucede con frecuencia á los moribundos, no fuese aquello sino el último resplandor de una luz que se apaga; pero bien pronto se tranquilizaron, viendo que la mejoría se sostenía y seguía creciendo. Poco á poco la salud se restableció, las fuerzas volvieron, en fin, la curación fue completa, y su rostro recobró su primera frescura y antigua belleza (2).

El primer cuidado del santo joven después de su restablecimiento, fue ejercitarse en las más fervorosas acciones de gracias, primero á Dios, autor de todo bien, y luego á la Santísima Virgen, á cuyos ruegos se consideraba deudor de su curación. Considerando en seguida, que si había recobrado la salud no había sido en los designios del cielo sino para emplearla en la mayor gloria de Dios, se consagró con nuevo ardor al servicio de los altares y á la práctica de las virtudes cristianas. Desde entonces se le vió hacer progresos sensibles, sobre todo en la humil-

(1) Dep. de Bonard.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. I y III.—Juan de San Francisco, p. 64.

(2) El P. la Riviere, p. 77 y sig.

dad y la dulzura (1), obedeciendo á los veinte años como en su primera infancia, modesto y sencillo como el más fervoroso religioso, sin faltar en nada á la conveniencia y gracia del caballero mejor educado. Mas que nunca se entregó al ejercicio de la oración y contemplación, sacando de este santo trato con Dios un no sé qué de bueno y majestuoso al mismo tiempo, que reflejándose en toda su persona, hacía que no se pudiera verle sin venerarle y amarle, hasta tal punto, que su sola presencia comunicaba á las almas un sentimiento de felicidad inexplicable, á la que se unía estimación y amor á la virtud, por cuya razón muchos consideraban como una buena fortuna la ocasión de verle pasar. Mr. de Challes, entonces su condiscípulo y después primer presidente del Senado de Saboya, contaba más tarde que desde esta época «Francisco practicaba más virtudes de las que se requieren para ser canonizado; y en cuanto á mí, añadía este gran personaje, tengo pruebas de que ya entonces tenía el don de profecía. Un día que hablábamos de nuestra vocación, me dijo:—Hermano mío, Dios os ha criado para el matrimonio; esa es vuestra parte; y en ese estado seréis bendecido del cielo, vos y vuestros hijos;—lo que, en efecto, me ha sucedido.—Pero vos, hermano mío, le repliqué yo, no me decís nada de vuestra vocación.—En cuanto á mí, contestó ingenuamente, no soy llamado á ser del mundo; Dios me destina al altar.» (2) Uno de sus más poderosos socorros en la práctica de tantas virtudes, era el *Combate espiritual*. Habiendo ido el Padre Scúpoli, autor de este excelente libro, en 1589 de Venecia á Pádua, le había dado un ejemplar de él (3), y su lectura le fué tan útil y tan agradable, que le adoptó por su libro predilecto. Consideraba esta pequeña obra como una carta bajada del cielo; la leía asiduamente, llevándola siempre consigo. «El *Combate espiritual*, escribía en 1607, es mi

(1) El P. la Riviere, p. 81.

(2) Dep. de la Madre de Chaugy.

(3) Prefacio de *Il Combattimento spirituale*, Milano, 1814.



«querido libro, que llevo en mi bolsillo hace diez y ocho años, y que nunca leo sin provecho.»

Entre tanto, no menos celoso por instruirse que por santificarse, se aplicaba al estudio con un ardor perseverante, con una reflexion sostenida y paciente, y cada dia veia estenderse el círculo de sus conocimientos. Consignaba cuidadosamente por escrito el resultado de sus sábias reflexiones, de sus profundas investigaciones, de las lecciones que recibia, y de las discusiones con sus condiscipulos y maestros que le habian dado alguna luz sobre las materias de sus estudios; siendo tan prodigioso en esto su celo, que sus escritos sobre teología y jurisprudencia durante su permanencia en Padua formaron hasta doce volúmenes en cuarto, que se han conservado por mucho tiempo en su familia. Tantos trabajos, secundados por sus talentos naturales, hicieron de Francisco el estudiante mas notable de la Universidad de Padua, cursando así con gloria toda la jurisprudencia. Concluida esta pidió, segun las órdenes de su padre, recibir el grado de doctor. Esto tuvo lugar á principios de setiembre del año 1591, cuando solo tenia veinticuatro años. Pancirolo, que no habia cesado hacia cuatro años de admirar á su ilustre discípulo, quiso dar á esta ceremonia una solemnidad proporcionada al mérito de persona de tanta valía, y convocó en su consecuencia una asamblea de cuarenta y ocho doctores para el 5 de setiembre, presidiendo él mismo la sesion. En ella se hizo sufrir al nuevo candidato un exámen solemne, en que contestó á todas las preguntas y satisfizo á todas las dificultades con una claridad y precision dignas de su talento. Entonces Pancirolo, tomando la palabra: «Esperaba,» dijo, como uno de mis mas felices dias aquel en que os viesse decorado con las insignias del doctorado, y he tenido gran placer en presidir yo mismo la ceremonia. Otro hubiera desempeñado este cargo con mas honor para la Universidad, pero nadie con mas amor hácia vos. Este afecto es un sentimiento que me inspiran vuestras virtudes, que igualan á vuestra ciencia, siendo tan puro vues-

tro corazon como ilustrada vuestra inteligencia. No se puede amar la virtud sin amarnos. Humano, caritativo, compasivo hasta el punto de legar vuestro cuerpo por el bien público cuando estábais á las puertas del sepulcro, habeis sido aún mas eminente en castidad; y gracias á la piedad que en vos tiene la guarda de esta virtud, os habeis conservado puro en medio de una ciudad corrompida; semejante á la fuente de Aretusa, que mezcla sus aguas con las del mar sin adquirir su amargura. En fin, el horror sincero á todo lo que es malo, la práctica constante de todo lo bueno, se unen en vos á los sentimientos nobles y generosos, y sobre todo á la mas sólida piedad: virtudes que el Cielo recompensa ahora con la gloria que recibís en este dia.»

Entonces Francisco de Sales, volviéndose hácia los doctores, en medio de los cuales estaba el Obispo de Padua: «Reverendísimo prelado, venerable rector, y vosotros, ilustres doctores, dijo (1), aunque comprendo cuán obligado estoy á daros gracias por el favor que recibo en este dia, el sentimiento de mi impotencia y el respeto debido á vuestro tiempo, que reclaman tantas graves ocupaciones, me hubieran impuesto silencio, si no pensara que este redundaria en vuestro deshonor y en el mio, atrayendo sobre vosotros la censura de haber elevado al doctorado á un hombre tan ingrato y desprovisto de sentido, que no sabe agradecerlo. Sed, pues, testigos, venerable auditorio, añadió volviéndose á los asistentes, sed testigos de mi gratitud: reconozco y proclamo que de todos los bienes que podemos recibir en esta vida, este es el mas grande: los demás solo pueden adornar nuestro cuerpo, aumentar nuestra consideración ó fortuna; solo el doctorado embellece á la virtud, tan hermosa ya por sí misma, y me reconozco tanto mas obligado á dar gracias á la Universidad de Padua, que no solo me ha hecho doctor sino tambien digno de serlo, no solo me ha dado

(1) Opusc., p. 28.—Carlos Aug., p. 83.



«la corona, sino tambien el laurel de que está entretrejida.  
 «Mi amada patria enriqueció mis primeros años con los  
 «elementos de las letras humanas; su complemento fue  
 «obra de la Universidad de Paris, de esa escuela enton-  
 «ces tan floreciente, tan frecuentada, la madre de las be-  
 «llas letras, y hoy, ¡oh afflictivo pensamiento! ¡oh lamenta-  
 «ble vicisitud de las cosas humanas! hoy desolada por las  
 «guerras civiles, y amenazada quizás á no ser bien pronto  
 «sino un monton de ruinas. ¡Oh Dios! no permitais esta  
 «desgracia. Allí fue donde despues de la retórica aprendí la  
 «filosofía, lo que me fue tanto mas fácil, cuanto que en esta  
 «célebre escuela, hasta los techos y las paredes parecian  
 «hablar filosofía, pues tanto resonaban en ella los argumen-  
 «tos. Pero cuando quise iniciarme en la ciencia del dere-  
 «cho, el brillo de la Universidad de Padua fijó al punto  
 «mis miradas; la ilustracion de sus doctores y profesores  
 «me atrajo á ella. En primera fila brillaba Guy Pancirolo,  
 «el príncipe de la jurisprudencia, la luz y la eterna felici-  
 «dad de esta escuela; á su lado aparecian Menochias, cu-  
 «yas sábias lecciones é inmortales escritos dejara á la  
 «Universidad sumida en inconsolable pena, si la mas sá-  
 «bia de las elecciones no le hubiera dado por sucesor á  
 «Angel Mattheace, ese hombre universal, al cual ninguna  
 «ciencia es estraña..... ¡Cuántos otros nombres ilustres se  
 «podrian citar aquí! Si sé alguna cosa, todo lo debo á estos  
 «hábiles maestros: lo declaro solemnemente. Juzgad por  
 «esto si alguna espresion podrá nunca manifestar dig-  
 «namente mi reconocimiento. Yo debo, sin embargo, ha-  
 «cerle subir mas alto: gloria, honor y alabanza sean da-  
 «das á Jesucristo, Dios inmortal, á su Santísima Madre,  
 «á mi Angel tutelar, y á San Francisco de Asís, cuyo  
 «nombre tengo la dicha de llevar; y como la buena vida  
 «es á los ojos del cielo la primera de las acciones de gra-  
 «cias, ¡oh ley eterna, norma de todas las leyes! estad siem-  
 «pre en medio de mi corazón como la regla que me dirija;  
 «porque es feliz, Señor, aquel á quien vos enseñais vues-  
 «tra ley santa.

«Y vos ilustre Pancirolo, mi venerable maestro, aca-  
 «bad esta augusta ceremonia; que vuestras manos puras,  
 «acostumbradas á hacer el bien, me honren con las insig-  
 «nias respetables, con las cuales esta Universidad conde-  
 «cora á aquellos de sus discípulos á quienes favorece con  
 «el doctorado.»

Despues de este discurso, Pancirolo dió al recién gra-  
 duado el anillo y los privilegios de la Universidad, y po-  
 niéndole sobre la cabeza la corona y el bonete de doctor,  
 le dijo estas notables palabras: «La Universidad tiene la  
 «dicha de hallar en vos todas las cualidades de talento y  
 «corazón que puede desear; y lo que pone el colmo á su  
 «felicidad, es que el testimonio de estimacion que os da  
 «admitiéndoo en el número de sus doctores, tiene tantos  
 «aprobadores como personas ilustradas existen que sepan  
 «apreciar el verdadero mérito.» Al punto toda la asamblea  
 hizo resonar el aire con aclamaciones; se levantó la sesion:  
 todos, discípulos y doctores, condujeron á Francisco en  
 triunfo hasta su morada, en medio de los aplausos del pue-  
 blo, que le prodigaba á su paso alabanzas tan magníficas  
 como sinceras. La Universidad le espidió el despacho de  
 doctor en derecho civil y canónico, y todos los amigos de  
 la virtud cuentan este dia en el número de los dias fe-  
 lices (1).

#### CAPITULO V.

Francisco de Sales vuelve á Saboya.—Es recibido abogado en el  
 Senado de Chambery, y rehusa mas tarde ser Senador.—Se de-  
 cide por el estado eclesiástico, y es nombrado preposito del ca-  
 bildo de Ginebra.—Sus órdenes, y su vida eclesiastica.—Instituye  
 la Cofradía de la Santa Cruz.

De 1591 á 1593.

Habiendo llenado Francisco de Sales el objeto que le  
 habia llevado á Padua, creyó que la Providencia no le que-  
 ría ya en esta ciudad, y pensó en volver á Saboya; pero an-

(1) Carlos Aug., p. 35.